

EL REGRESO

*Al fin la tristeza
Es la muerte lenta
de las simples cosas
esas cosas simples,
que quedan doliendo en el corazón.
(Las simples cosas
César Isella- Armando Tejeda)*

Anoche, mientras me tomaba unas copas de vino, leyendo un libraco de poesías, intenté atarme los cordones de un zapato. Fue toda una odisea. Un desafío de gran calado. No pude. En ese momento, me cayó “la chaucha” de que estoy, irremediablemente viejo. Ni corto, ni perezoso, agarré mi “tocomocho” (léase automóvil) y me las emplumé para mi pampa querida, la salitrera Pedro de Valdivia. No le avisé a nadie, me fui sólo y de madrugada, como un vulgar ratero de poca monta. Habían transcurrido largos 50 años de mi partida. Quizás este sea el último viaje a los sitios donde amé la vida.

“...Uno vuelve siempre, a los viejos sitios, donde amó la vida

Y entonces comprende cómo están de ausentes, las cosas queridas...”

(Las simples cosas – popularizada por Chavela Vargas)

Al llegar a la garita un guardia de uniforme azul, con gorro y pecho estampados de logos dorados, de una reconocida empresa de vigilancia privada, me detuvo en seco.

El gordo guardián (¿Porqué los guardias de los relatos, son siempre gordos?), me dijo: “prohibido el paso amigo”. Le recité algunos artículos de la constitución, otros

de los derechos del hombre, le mostré incluso, algunas cicatrices que tenía en mis manos, después de haber trabajado toda una vida en la casa de fuerza. En fin, fue amplia y variada mi argumentación, pero no logré convencerlo. Cuando comencé a lloriquear y hacer unos pucheros, el guardia al final se sensibilizó e hizo una seña a su compinche que estaba dentro de la garita y la barrera metálica comenzó a subir. ¡tenía chipe libre! Eran las doce del día o una de la tarde ¡tiene sólo hasta las 18:00 horas para salir, caso contrario, vamos a correr balas!, me dijo, enseñando un gran pistolón que llevaba al cinto.

Me fui despacio, muy lento, saboreando polvo, saboreando el olor a soledad, embriagándome de recuerdos al cruzar esos sitios de mis tiempos de niño, de mis tiempos de juventud. Los vestigios navegaban en forma fantasmal por el campamento, casas destruidas, maltratadas, violadas, sepultadas y encalaminadas (esta última palabra no existe, la tuve que inventar. Dentro de algunos días, pienso recurrir a la R.A.E.), hace 50 años o más, ese era mi reducto.

Al poco andar, el viento huracanado, frío y mariconazo como él solo, me dio la bienvenida. Me había reconocido el muy diablo, a pesar que llevaba unas gruesas gafas para el sol y, sobre mi espalda una mochila muda, con más de 50 años sumados a mi esquelética humanidad. Mientras caminaba con este indeseable compañero, pegado a mis talones, no me tardó mucho tiempo dar con el paradero de mi ex - casa

Todo había cambiado, qué duda cabe. Debo decir que ninguno de mis viejos amigos vino a mi encuentro. Ellos se habían ido, junto con los dioses. Otros se fueron después de la última junta de borrachos, en una lejana primavera, en el Rancho

Rosso. Otros estaban jubilados y partieron a dejar los huesos a sus tierras del sur, fueron a pasear sus huesos entre lluvia, granizo y olor a peumo. Otros (los más) simplemente se murieron, muchos de soledad. Mi vieja casa, donde había vivido tantas alegrías, -y no pocas penas-, estaba semi - destruida. Su puerta y ventanas lucían crepusculares e inmensas calaminas claveteadas, feas e infranqueables, impedían el paso al interior. Mi pobre casa parecía un cristo agonizante. Imaginen ustedes a una bella muchacha a la cual le han volado 3 de sus mejores y más blancos dientes. El viento del desierto (el mismo que ahora me acompañaba), había carcomido y dañado sus paredes. Estaba – mi vieja casa- a punto de caer y convertirse en un naufrago más, con sabor a salitre, cobre, pampa y soledad. Sin embargo, se mantuvo en pie, esperando, (esperándome) para este último acto de despedida. Al dar las gracias a los guardias, la pequeña bandera chilena que estaba sobre la garita, y había permanecido mustia y acurrucada al mástil, comenzó a flamear con inusitada fuerza de mariposa. Comprendí, que el viento, también se había puesto triste y esa era su manera de despedirme.

No me cupo ninguna duda: el viento, ese amigo/enemigo, me estaba diciendo adiós. Saqué mi pañuelo y lo agité hacia la bandera (Que viejo más deschavetado, - creo que pensaron los guardias-: Habla solo, se mete a husmear una montaña de escombros y ahora bate su pañuelo, como si quisiera bailar una cueca con la bandera)

No sé porque me tinca que el viento (Ahí se quedaba en el campamento, porque ese era su hogar. Ahí se quedaba mi amigo, que nunca se cambió de traje, ni menos

de hogar), ese viejo lobo de mar, se coludió con su amiga y prima hermana, la lluvia, porque en el camino de regreso a Antofagasta, mi cara se empezó a llover...

Antofagasta, primavera, 2023